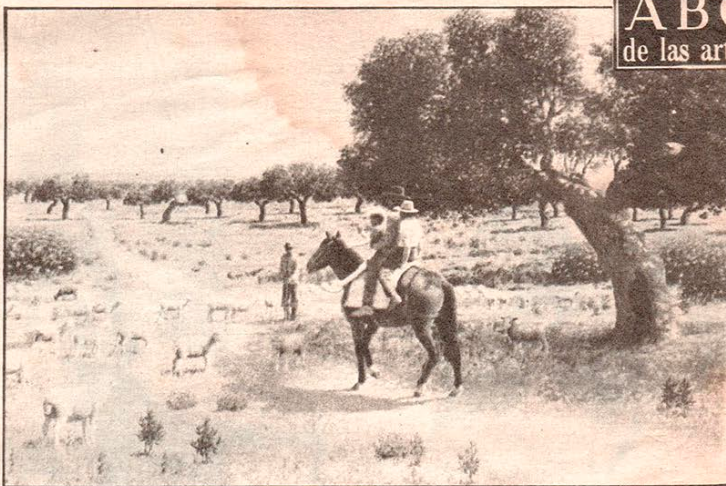




Junto a una fotografía reciente de Sebastián García Vázquez, «Campo del Andévalo» (1978), uno de sus cuadros adquiridos por la Consejería de Cultura para el Museo de Bellas Artes de Huelva.

Sebastián García Vázquez, en el Museo de Bellas Artes de Huelva

SOLO trece años contaba Sebastián García Vázquez (Puebla de Guzmán, 1904) cuando fue llevado a Huelva para que de Eugenio Hermoso recibiera las primeras nociones de dibujo. Huelva conoció en 1922 su primera exposición individual y en el escaparate de un comercio de Huelva mostró algunos años después aquel cuadro que tanto interés despertara en don Manuel Siurot, el ilustre pedagogo que, comprándolo, animaría al pintor a seguir por el camino emprendido. No obstante,

pese a tan entrañable vinculación con su propia tierra, nunca interrumpida, hasta ahora no había satisfecho el artista onubense la vieja aspiración de que su pintura, representada en el Museo de Arte Moderno, de Madrid, y en los de Bellas Artes, Arte Contemporáneo y de Arte y Costumbres Populares, de Sevilla, también lo estuviera en el Museo de Bellas Artes de Huelva.

Lo está al fin, gracias a los tres cuadros adquiridos recientemente por la Consejería de Cul-

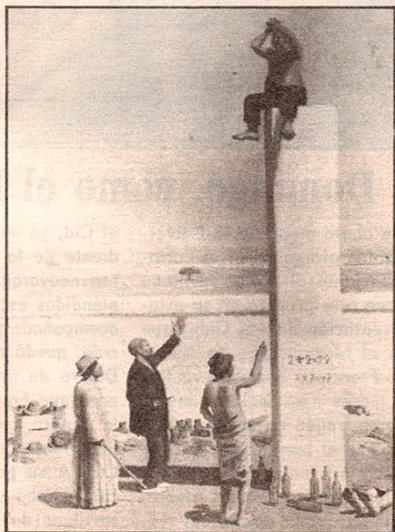
tura de la Junta de Andalucía, con tanta sensibilidad como acierto. Tres obras que, hasta cierto punto, resumen la dilatada y fecunda labor de un artista en cuya trayectoria apenas se registran imperceptibles cambios. Desde aquella primera época en la que el pintor obtuvo los máximos reconocimientos y a la que puede decirse que pertenece, aunque tardíamente, «Puebla de Guzmán, 1880» cuadro pintado en 1954 y en el que Sebastián García Vázquez quiso dejar testimonio de la indumentaria que los

hombres y mujeres de su pueblo vestían en las postrimerías del siglo anterior. Desde aquella época, repetimos, hasta la más reciente, representada por «Hay que bajar», una de las últimas creaciones del artista que en 1983, aquejado de problemas de visión, abandonó los pinceles para dedicarse a escribir los recuerdos de su larga y provechosa existencia. ¿Qué pretendía expresar en esta pintura de tan absurdo contenido? «Nada —responde su autor—, sólo hacer mi santísima voluntad». Sólo pintar, por el puro placer de hacerlo, resaltando, eso sí, la nota de humor que, más o menos velada, siempre se hizo notar en su pintura. De ésta supone un buen ejemplo «Campo de Andévalo», uno de los muchos cuadros a los que, constantemente, el pintor ha llevado la luz, el paisaje y el acontecer cotidiano de la tierra a cuyas raíces con tanta fidelidad continúa entrañablemente identificado.

Huelva puede sentirse legítimamente satisfecha de contar en su pinacoteca con estas tres obras del artista que, antes de desempeñar durante más de treinta años la cátedra de Dibujo del Natural de Movimiento en la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, fue premiado en 1932 con la tercera medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes y dos años después alcanzó la primera de las tres primeras de este certamen. Otra fue para Daniel Vázquez Díaz.



«Puebla de Guzmán», 1880 (1954)



«Hay que bajar» (1980)

Manuel LORENTE